

DEBO DECIR QUE, A PESAR DE CONTARME en el bando de los y las pesimistas, tan sólo la portada del libro de Sergio Zermeño *La sociedad derrotada*, con su pulgar hacia abajo que parece cerrar todas las salidas posibles o por lo menos representar el sentimiento de buena parte de la población, me provocó inicialmente cierto *shock* para no decir disgusto. Nos gusta interpretar los síntomas de descomposición del partido de gobierno como su derrota inminente y pensar que la sociedad civil sólo se encuentra en receso después de su excepcional visibilidad en 1994 y 1996, pero no nos gusta pensar que es la sociedad mexicana la que está derrotada. Terminada la lectura de este libro que se lee como novela, como se dice cuando queremos expresar que una lectura es amena o que no la soltamos de principio a fin, tengo la sensación de que la novela fue de terror.

Pero *La sociedad derrotada* no es novela alguna, porque la realidad descrita y analizada supera la ficción. No se trata sólo de una lúcida y valiente denuncia de las políticas excluyentes del neoliberalismo, sino de una revisión crítica de las teorías sociológicas que forman parte de un andamiaje científico que si no legitima, por lo menos sí pretende convivir con un desorden y un caos irresolubles en términos humanísticos, independientemente de que los indicadores económicos cíclicamente o en coyunturas electorales (como la actual por ejemplo) pretenden vaticinar la recuperación del enfermo.

Desde la presentación, Zermeño, a través de la cita de una carta del Comité Clandestino Revolucionario del EZLN, pone frente a frente dos sujetos que depositaron esperanzas el uno en el otro. Por un lado indígenas sublevados que, dejando las armas por el diálogo, confían *su vida y libertad* a las organizaciones gubernamentales, a la sociedad civil, libre y democrática capaz de vigilar a cualquier gobierno y, por otro lado, paradójicamente, una apuesta de la sociedad civil a esta sublevación indígena. Los pormenores de este noviazgo y su desenlace hasta este momento, así como la creciente exclusión social resultante de una década de neoliberalismo salvaje, llevan a Zermeño a las reflexiones que buscan desenmarañar las relaciones entre sociedad y política y entre sociedad y economía.

En su jerga tecnocrática, los economistas del neoliberalismo han inventando una serie de políticas de ajuste con sus respectivos conceptos para hacer frente a los procesos negativos que provoca el mismo modelo: globalización, descentralización, flexibilización de la fuerza de trabajo, reconversión etc. La opción teórica de Zermeño por conceptos sociológicos clásicos como “desorden” y “anomia” remiten a quienes sólo ven indicadores de crecimiento económico o descenso de tasas de inflación, a la parte oculta del neoliberalismo, finalmente ni tan oculta; es decir, nos remiten a la destrucción de las identidades colectivas, a la atomización, la erosión cultural, etcétera.

Como ha sido pronosticado por sus partidarios y operadores, el modelo neoliberal sólo es cuestión de tiempo, del sacrificio de algunas generaciones. Para que este tiempo transcurra en un clima de paz, el Estado, si bien deja de asumir muchas funciones en la economía, se vuelve más activo que nunca en su función de desmantelar las identidades sociopolíticas alternativas. En algunos lugares de América Latina, como Chile, se tuvo que recurrir a golpes de Estado para ello. En México, se llevó a cabo de manera supuestamente pacífica por la vía del desmantelamiento de los espacios de intermediación, la atomización, la cooptación política. Como ejemplos de esta ingeniería, Zermeño señala: las concertaciones con el PAN como debilitamiento de una alternativa de oposición del Estado autoritario, la ingeniería electoral para el fraude, el control de los medios de comunicación de masas, el desmantelamiento de la universidad pública, la pronasolización de los pobres, la destrucción de las instituciones tradicionales que podían haber dinamizado el desarrollo hacia adentro en el medio rural, el deterioro y la privatización de los sistemas de salud, el avasallamiento de los intelectuales y la elitización de las universidades, etcétera.

La crisis de los movimientos sociales y de los espacios de lo público a nivel escolar, de la cultura y de la comunicación y el desmantelamiento de los aparatos asistenciales, así como la crisis de las instituciones políticas como los partidos, sindicatos, etc., llevan a Zermeño a afirmar que estamos ante una crisis de lo público y que la modernidad es un espejismo que no sólo queda lejos aún, sino que se han destruido las bases sociales de la modernidad que México había alcanzado en el período de su desarrollo industrial en la fase de la sustitución de importaciones, entre 1950 y 1980.

Se nos pone como modelo de los beneficios que nos traerá la política neoliberal a países como Chile o a los tigres del sureste asiático; sin embargo, no hay comparación entre estas experiencias y la nuestra. Lo que hace que en México nuestra entrada a la modernidad de la globalización se dé de manera tan salvaje no son tan sólo las fuerzas que dominan los mercados internacionales, sino nuestra herencia social y política caracterizada por una sociedad débil y por una poderosa cultura estatal. Son varios los niveles en que el autor documenta y analiza este binomio. En un acercamiento histórico hacia una revisión de las características del Estado mexicano desde el porfiriato, Estado que caracteriza como fuerte en esta época, popular nacional en el cardenismo y populista desarrollista en la época de 1950 a 1980.

En una siguiente sección, Zermeño deshace de manera convincente a mi modo de ver algunos mitos del modelo neoliberal que han mareado a no pocos: que no podemos salir solos de la crisis, y como ésta es un fenómeno a nivel mundial, la solución viene con la globalización; que el peso excesivo del Estado es el responsable de todos nuestros males; que todo se resume en la crisis fiscal. En pocas palabras, el neoliberalismo separa completamente la economía de lo social y la igualdad social no le concierne en absoluto. De hecho, este modelo no sólo es increíble, sino que es imposible, ya que si todos se pudieran subir al tren del desarrollo consumista, la crisis ambiental sería de orden apocalíptico pues entrañaría un agotamiento del orden natural con costos de sustitución impagables. Estas reflexiones sugieren que

en materia ambiental, el Estado neoliberal en realidad se preocupa más por mitigar los procesos de desbalance ocasionados por el modelo neoliberal que por fincar las bases del desarrollo en el mejor aprovechamiento posible de los recursos naturales. En este sentido, ni siquiera integra los propios sagrados principios de la globalización de las ventajas comparativas, ya que se pone el país en subasta ofreciendo nuestras tierras para producción de materias primas baratas.

Anticipándome al tema de las propuestas o alternativas que presenta Zermeño en sus conclusiones, diría que bien valdría la pena profundizar en el papel que el capital natural de los países del Sur juega en los procesos de globalización, ya que su explotación irracional, resultante de la pobreza o su uso intensivo como parte de los nuevos procesos económicos, mina las posibilidades de un desarrollo endógeno en el futuro. Parte de las opciones propuestas de fortalecimiento de identidades y luchas de resistencia girarían en torno a los recursos naturales. La visión de incorporar al medio ambiente como elemento dinamizador del desarrollo regional dista de ser lo mismo que esquemas de consumismo y derroche en el Norte compensados por captación de carbono en el Sur o islas de desarrollo sustentable en un mar de políticas económicas que fomentan el vaciamiento del campo y las grandes concentraciones urbanas, la agricultura industrial tipo revolución verde, las plantaciones forestales homogéneas, el saqueo del germoplasma nativo, etcétera.

En la etapa de la globalización, el Estado procede a excluir a los sectores que no son funcionales en su nueva asociación con el gran capital internacional, desmantelando sus organizaciones y espacios de intermediación. Estas nuevas realidades representan para Zermeño manifestaciones de una transición al autoritarismo más que una transición a la democracia, concepto al que regresará al final de su libro y que constituye para él un marco de referencia teórico cómodo para la intelectualidad *integrada* al sistema u optimista sin bases para serlo, para decir lo menos. De manera paradójica, este proceso autoritario se da paralelamente a una supuesta democratización en los niveles de la política.

Otra tesis central de Zermeño, que sustenta la afirmación de la debilidad de la sociedad civil, es que los avances en la democracia política se contradicen de manera permanente con el alejamiento cada vez mayor de las posibilidades de la democracia social. Parte de las raíces históricas que determinan la peculiaridad del proceso neoliberal en México consiste en esta fascinación con un Estado que ha sido visto como todopoderoso, la fascinación por acercarse al vértice. Esta idiosincrasia tiene su efecto tanto en la cooptación de cuadros de oposición hacia el aparato estatal, tan típica de la política mexicana, como en el vaciamiento de espacios sociales cuyos dirigentes se transforman en cuadros políticos que acaban por distanciarse de sus bases sociales. Que este vaciamiento se dé hacia un lado o hacia el otro del espectro político, tiene repercusiones en las dificultades para acumular fuerzas, y repercute en la atomización y el distanciamiento entre acción social y política.

Esta visión de una masa amorfa de mexicanos alrededor de una pirámide desde la cual reinan sus tlatoanis, de súbditos que en el mejor de los casos se transforman en electores de presidentes, se sustenta en la poca capacidad para crear organismos

o autoridades intermedias cercanas a su vida cotidiana y regional. Si a algunos les puede parecer caricaturesca esta imagen, es que nos hemos acostumbrado tanto al Estado autoritario que todo puede pasar sin que pase nada: que se corten las transmisiones de un debate político en la televisión, que se viole el secreto bancario por acuerdos con un partido político, que se manipule la política económica en función de coyunturas electorales, que se usen recursos públicos en campañas políticas.

En este marco de desmantelamiento de los actores sociales, aparece a partir de 1994 un actor colectivo bien definido, representado por el zapatismo, esperanza para muchos excluidos de sumarse a una nueva identidad colectiva. A las dificultades inherentes a la cultura política mexicana para articular lo social con lo político, se suma la posición de un zapatismo que ganó simpatías en amplios sectores de la población en el sentido de no acceder a puestos de representación y puestos gubernamentales, aunque la propuesta desconcertó a muchos. Se desvanece nuevamente la posibilidad de un puente entre la acción política y la acción social de los opositores al Estado autoritario.

Para Zermeño, ante este panorama poco alentador, no es por la vía de la democracia formal que se lograrán cambios que beneficien a las mayorías y, en este sentido, la teoría de la transición a la democracia no hace más que esconder cínicamente que el 80% del mundo está condenado a la exclusión. La única salida posible ante este desorden social generalizado consiste en el reforzamiento de las identidades sociales, en hermanar las manifestaciones populares, en desarrollar una nueva cultura política. Si la matriz social y cultural es la contraparte que hace posible la dictadura perfecta que padecemos, los cambios tienen que darse en el plano cultural, en un renacimiento de la comunidad. En este mundo regido por los valores individualistas, el consumo y la competencia, habría que recuperar, no sólo en el campo, sino también en los barrios de las ciudades, formas de organización abandonadas, formas de solidaridad colectiva, reconstruir identidades societales. La única transición real a la vista es la que va de Sedesol a Sedena y en este contexto parecería que las grandes mayorías de excluidos no pueden desarrollar más que estrategias defensivas.

Si bien la alternativa propuesta es profundamente humanista, se queda en un nivel de generalidad en relación con el diagnóstico de nuestro desorden. Varias preguntas surgen después de la lectura: el terreno de lo político ¿está definitivamente corroído? ¿Cómo tender los puentes necesarios entre lo social y lo político? ¿Cómo, desde las identidades regionales, se puede hacer retroceder los esquemas autoritarios y no profundizar aún más la atomización? Si es a nivel internacional que el zapatismo ha tenido mayor impacto, ¿qué lugar desempeña la solidaridad internacional en la lucha contra el neoliberalismo y qué modalidades concretas puede tomar? ¿Qué papel pueden jugar las universidades en la reconstrucción de su propia identidad y para apoyar a otros procesos colectivos?, ¿cómo pueden las ciencias sociales trascender la comprensión del desorden social —una contribución de por sí relevante— para dar orden al desorden social? Finalmente ¿no hay otra utopía que los dos principios de racionalidad que tenemos que aprender a compatibilizar?: *el de la modernización*

salvaje llamada globalización... y el defensivo que se aboca a la reconstrucción material y moral de las identidades colectivas en el ancho mar de los excluidos.

Luisa Paré